

David PORRINAS GONZÁLEZ: *El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*, Prólogo de Francisco García Fitz, Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2019, 432 pp., ISBN: 978-84-120798-2-1.

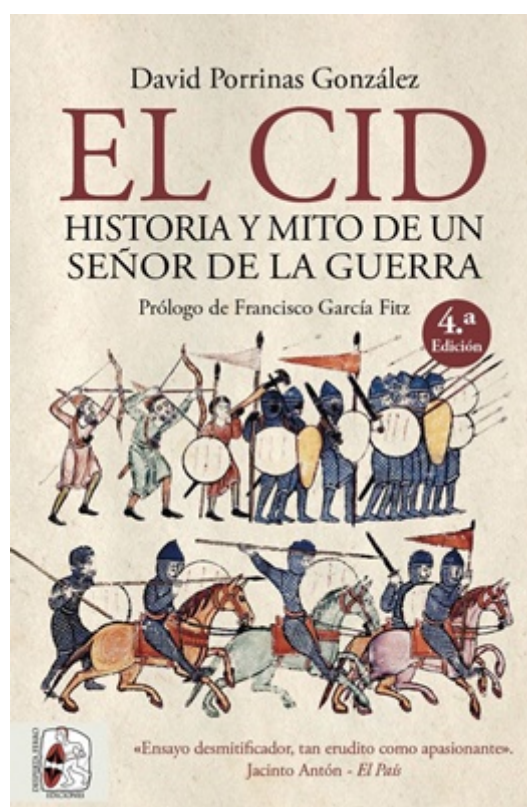
Pablo Cucart Espina
Universidad de Granada

El Cid, hombre de guerra sin rey, patria ni bandera

Hablar de «El Cid» es hablar prácticamente de una leyenda medieval de nuestro país. La figura de Rodrigo Díaz de Vivar se ha asociado generalmente a un hombre de guerra, valiente y sin escrúpulos, que desafió siempre a su rey, Alfonso VI. Desde bien pequeños nos enseñan esta figura por la obra cumbre en la literatura española, *El Cantal de Mio Çid*, que historiadores como Ramón Menéndez Pidal estimaron «histórica» para poder entender esta figura.

Si nos adentramos en el CV de David Porrinas González observaremos como la mayoría de sus trabajos están relacionados con la guerra en la Edad Media.¹ Como bien reconoce en el libro, la influencia de Francisco García Fitz, especialista en la guerra en la Edad Media, le sirvió como inspiración para lanzarse a investigar la figura de Ruy Días ya en 1999. Así pues, para la elaboración de esta obra no solo ha tenido que enfrentarse a una gran cantidad de documentación medieval, sino a un problema que surge muy a menudo hoy en día con la influencia de las redes sociales y la presión social sobre una figura histórica idealizada, sobre todo en los años de la dictadura.

Entrando de lleno en la obra, se encuentra dividida en ocho capítulos, comenzando por un capítulo introductorio al siglo XI y finalizando con un estudio sobre la leyenda del personaje desde su muerte hasta nuestros días. Podríamos decir también que divide su obra en tres bloques que integran todos estos capítulos.



¹ Véase su perfil en academia.edu. Visitado por última vez el 31/01/2020.

El primer bloque estaría formado por los primeros tres capítulos. En ellos comienza haciendo una radiografía del siglo XI a nivel europeo, tratando entre otras cosas la evolución de la sociedad europea y remarcando la importancia que tuvo en este proceso la aparición del monacato y la orden de Cluny o la llegada de los normandos a Europa, su influencia en el reino de Sicilia y también su asentamiento en el ducado de Normandía. No obstante, la principal cuestión abordada en estas primeras páginas es la evolución de los reinos peninsulares, especialmente los de León, Castilla y Navarra, así como la llegada de los imperios africanos encabezados por los almorávides.

Para poner al lector en situación, a la muerte de Sancho III Garcés El Mayor en 1035 comienzan las primeras luchas entre sus descendientes por el control de los reinos del padre. Éste había dejado el núcleo del reino a su hijo García, una parte de Castilla para Fernando, las demarcaciones de Navarra y Aragón para Ramiro y Gonzalo, junto con el condado de Ribagorza. Así pues, Fernando I pasó en pocos años de regentar una pequeña parte de Castilla a ser el monarca más poderoso de la Península gracias a las guerras con sus hermanos, de las que saldría victorioso. Fue a su muerte en 1065 cuando al igual que hizo su padre dividió los reinos que regentaba entre sus hijos: a Sancho, el primogénito, le dejó Castilla; a Alfonso le dejó León y el título imperial; a García le dejó Galicia y algunas partes de Portugal; a Urraca, Zamora; y a Elvira, Toro.

Será en estos momentos cuando aparecerán las principales noticias referentes al protagonista, Ruy Díaz, al servicio de Sancho II en las guerras que mantuvo con sus hermanos para reunificar los reinos que su padre había dividido, encontrando la muerte en el asedio de Zamora. Desde ese momento, la vida de Rodrigo cambió radicalmente al perder a su señor, uniéndose a las tropas de Alfonso VI. Es en este punto, y principalmente en el segundo capítulo, donde el autor comienza a indagar más en la vida personal de Rodrigo, y donde desmitifica uno de los pasajes más conocidos de la historia tradicional del Cid, la Jura de Santa Gadea, un pasaje que como afirma el autor «no tenía sentido, si era posible, que un aristócrata acusara de asesinato [...] a un rey ante la opinión pública». ² Es probable que el imaginario popular diera cuerpo a esta denuncia de Rodrigo Díaz contra su monarca para poder defender que era uno de los motivos por los que desterró a Rodrigo en 1081, pero lo cierto es que fueron otros los motivos principales que llevaron a su ostracismo: la batalla de Cabra frente al Conde Ordóñez, mientras Rodrigo estaba como embajador de Alfonso VI ante el rey de Sevilla, y la *razzia* de 1081 en la taifa de Toledo.

El tercer capítulo será el que cerrará este primer bloque. En este David Porrinas analiza uno de los periodos más interesantes de la vida de El Cid, su vida como

² PORRINAS GONZÁLEZ, David, *El Cid, Historia y mito de un señor de la guerra*, Desperta Ferro Ediciones, 2019, pág. 65.

mercenario en la taifa de Zaragoza. Ésta puede ser la parte de su trayectoria en que comenzaron a conocerse en la Península sus habilidades en la guerra y su especialidad, la batalla campal, un tipo de estrategia de la que siempre salió ileso y en general victorioso. El final de su vida como mercenario vendría después de la derrota de Alfonso VI en la Batalla de Zalaqa de 1086 frente a los almorávides, los cuales habían llegado a la Península para socorrer al rey de Sevilla tras la conquista de Toledo por parte del monarca castellano-leonés.

Con la reincorporación de Rodrigo a la hueste de Alfonso VI comenzaría el segundo bloque de la monografía, que ocupará gran parte del libro. De este debemos destacar cómo el Campeador se convirtió en protector de la taifa de Valencia en 1087. Este hecho se produjo gracias a la insistencia de Alfonso VI de enviarlo allí junto a su aliado al-Qádir, antiguo rey de la taifa de Toledo. Gracias a su experiencia y diplomacia logró establecer un sistema tributario gracias a los señores de Murviedro, Alpuente y Valencia, con el que consiguió vivir y enriquecerse sin su principal actividad hasta el momento, la guerra, aunque nunca la dejaría de lado. De hecho, la guerra fue la causa de su segundo destierro en 1088, que se produjo porque Ruy Díaz no acudió a la llamada de socorro de Alfonso VI en Aledo, fortaleza que estaba siendo sitiada de nuevo por los almorávides. Sin embargo, este segundo destierro no es que afectara demasiado a Rodrigo Díaz porque ya había conseguido algo importantísimo: establecer las bases de lo que sería un futuro señorío en Valencia. Es en este punto cuando nos encontramos con los que quizás son los capítulos más completos y extensos de toda la obra, en los cuales el autor nos muestra la evolución de las batallas en torno a Valencia, la conquista de la ciudad y la consolidación del señorío.

Como siempre, la vida de El Cid estará marcada por la guerra, y entre los años 1090 y 1099 ésta se desarrollará en su mayoría en el actual territorio de la Comunidad Valenciana. La primera batalla de importancia será la de Tévar, en el verano de 1090, entre Rodrigo y el Conde Ramón Berenguer II, quién tenía un sentimiento de venganza contra el castellano tras la grave derrota que había sufrido a manos de éste en la batalla de Almenar (1082), resultado que se repitió en esta ocasión con la huida de las tropas de Ramón Berenguer II. Esta batalla sirvió para reforzar su relación de amistad con el rey taifa de Zaragoza, al-Mustaín, y para impulsar la firma de paces entre Ramón Berenguer II y el Campeador. Sobre estas últimas, el autor hace un trabajo de investigación en las páginas 157-178, donde muestra correspondencia entre ambos protagonistas que ayuda a entender mejor los sentimientos que ambos se profesaban.

Las desavenencias entre Rodrigo Díaz y Alfonso VI llegarán a ser de tal magnitud que mientras el monarca se interna en el territorio donde el Cid estaba configurando su señorío, el Cid entrará en territorio castellano, más concretamente en el territorio que hoy ocupa La Rioja, valiéndose para ello de su alianza con el rey de Zaragoza, donde estableció su base de operaciones. Sin embargo, esta vez el que peor parado salió

de esta contienda fue El Cid, pues mientras se encontraba en tierras riojanas derrotando al conde García Ordóñez los almorávides se aprovecharon de la coyuntura para entrar en la ciudad de Valencia, tan anhelada por El Cid. De hecho, el análisis de la narración de la conquista de la ciudad sería muy extenso, no solo por la duración de ésta, sino por la complejidad de la estrategia empleada por El Cid.³ Cabe decir que la consecución exitosa de las operaciones supuso el mayor triunfo de este hombre desterrado.

Si la conquista ya había sido complicada, su consolidación no iba a serlo menos, y no solo era complicado mantener el control de la ciudad de Valencia, sino que lo complicado de verdad era comenzar a consolidar todo el entramado señorial que Rodrigo Díaz había comenzado a imponer en esta tierra. Este principado será estudiado en el capítulo séptimo de la obra que aquí estamos comentando. De hecho, la guerra tendría un papel fundamental en la consolidación, algo que había acompañado a Rodrigo Díaz durante toda su vida. Será en estos años que van de 1094 a 1099 cuando se llevarán a cabo las últimas batallas y conquistas de El Cid: la batalla de Carte, en el otoño de 1094, caracterizada por ser el contraataque de los almorávides tras la pérdida de Valencia; la batalla de Barién de 1097, en la cual participó junto con el monarca Pedro I de Aragón, su aliado, volviendo a resultar victoriosos contra los almorávides; y las últimas conquistas de nuestro en Almenar y Murviedro, con las cuales quedaba consolidado el territorio que sería su señorío.

El último acto que muestra el compromiso de El Cid por hacer de Valencia un señorío cristiano fue la conversión de la Mezquita Mayor de Valencia en Iglesia Cristiana en 1098, un acto para demostrar al Papa y en especial a Alfonso VI que Valencia era suya y que no solo tenía pensado permanecer en ella, sino establecerse en ella como un poder independiente. Sin embargo, no llegó a disfrutar del mayor éxito de su vida, pues un año después, en 1099, fallecería en el mes de julio. La prematura muerte de El Cid dejó indefensa a Jimena, su mujer, frente a la hueste almorávide que se apresuraba para reconquistar la ciudad, que fue abandonada en 1102 volviendo a manos musulmanas.

No obstante, la vida de nuestro personaje no acaba con su muerte, sino que tras ella comienza la leyenda, que se fue forjando desde el mismo siglo XII y que ha llegado a nuestros días gracias a una gran colección de obras en torno a su figura que David Porrinas estudia en el último capítulo de su estudio, capítulo que cierra el trabajo de este historiador. Como decía, en siglo XII ya aparecen las primeras obras que mencionan la vida y obra de El Cid, como son el *Poema de Almería*, la *Crónica Cajerense* y, cómo no, el *Cantar de mio Cid*, quizá la obra que más ha ayudado a la difusión de la historia y leyenda de este personaje.

³ *Ibidem*, pp. 204-241.

Ya en el siglo XIII aparecen las historias del personaje en la *Estoria de España* o en la misma *Crónica de Veinte Reyes*, dos obras que son consideradas como la Primera Crónica General de España, en especial la primera; también aparecen las actividades cidianas en el *Chronicon Mundi* y en el *De Rebus Hispaniae*. Será en este *Chronicon Mundi* de Lucas de Tuy donde se narra el pasaje de la “Jura de Santa Gadea”, episodio famoso y para nada histórico, como el mismo David Porrinas se encarga de recalcar. En el mismo siglo XIII nos encontramos con un cortesano, Juan Gil de Zamora, quien escribió *De Preconiis Hispaniae*, concebida para la educación del infante Sancho y en la cual el autor tiene conocimiento, y así lo demuestra, de varias fuentes como la *Historia Roderici* (fuente principal que usa David Porrinas para este estudio) y *El Linaje de Rodric Díaz* en el *Liber Regum*.

En el siglo XIV asistimos a un «renovado interés por la vida de Rodrigo Díaz el Campeador»⁴ gracias a composiciones como *Mocedades de Rodrigo*, donde encontramos a un Cid arrogante, prepotente, más rebelde que el personaje comedido del *Cantar*, un Cid que será el reflejo de la sociedad del siglo XIV, momento en que los ideales caballescresos se encuentran en plena transformación.

El siglo XV será un siglo en el que se seguirá hablado de El Cid, un personaje que no acaba de tener una personalidad clara; pero será entonces cuando su leyenda se expanda más rápido gracias entre otras cosas a la invención de la imprenta. Será en 1498 cuando verá la luz una obra titulada *Suma de las cosas maravillosas que fizo en su vida el buen cavallero Cid Ruy Díaz*, también conocida como *Crónica popular del Cid*; así como la *Crónica del famoso cavallero Cid Ruy Díez Campeador* o *Córica Particula del Cid* publicada ya en 1512. Ambas ayudaron no solo a agrandar la leyenda de este caballero castellano, sino a que quedaran fijadas en el imaginario colectivo las ideas que los romanceros fueron dejando a lo largo de los años.

El siglo XVII será el siglo en el cual el Cid pasará al teatro y, cómo no, continuará presente en romances. Entre algunas obras encontramos *Las hazañas del Cid y su muerte, con la toma de Valencia*, la cual se atribuye a Lope de Vega; *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro; o *Le Cid*, de Pierre Corneille. Sin embargo, no todo contribuyó a la buena fama de El Cid en este siglo, porque también se produjeron algunas parodias sobre su figura, como la escrita por Francisco de Quevedo, *Pavura de los condes de Carrión*, *El Cid acredita su valor contra la invidia de cobardes* o *Las hijas del Cid*.

Por lo demás, si por algo se caracterizara el siglo XVIII para nuestro personaje es por ser el momento en que se publica la primera edición del *Cantar del Mío Cid*, realizada en 1779 por Tomás Antonio Sánchez en su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*.

⁴ *Ibidem*, pág. 309.

Finalmente, en los siglos XIX-XX se mostrará una imagen no solo de héroe, como en siglos anteriores, sino que entrará a formar parte de los símbolos nacionales de la Historia de España, dentro del proceso de elaboración de la mitología que contribuyó a la construcción de la identidad y el sentimiento nacional. Sin embargo, cuando más se refuerce la supuesta dimensión patriótica de la figura de El Campeador será en la época del franquismo, hasta el punto que el mismo Francisco Franco se haría representar a sí mismo como el Cid liberando a España del comunismo.